

Este «Romancero del Río de la Plata» (1) es, indudablemente, lo mejor que en su género se ha publicado hasta hoy en América. Obra de verdadero poeta, recobra con él su clásico valor el romance tradicional. Versificación flúida, sencillez en la narración y falta absoluta de afán trascendente dan a este libro del poeta argentino un aroma de cosa vieja recordada con amor a través de los siglos. Muy moderno y muy antiguo, como dijera el gran Rubén.—C. P. S.



EN LAS CALLES. (Novela), por *Jorge Icaza*.

El autor de «Huasipungo» tiene figuración destacada entre los prosistas de América; y esta última novela suya, que obtuviera el Premio Nacional de 1935 en el concurso organizado por el Grupo América, de Quito, reafirma sus prestigios y deja ver el alto sitio que ya ha alcanzado la novela en la tierra de Montalvo.

De cuantos libros ecuatorianos leyéramos hasta hoy, ninguno ha dejado en nuestro espíritu una impresión tan dolorosa como esta novela «En las calles», de Jorge Icaza. Habría que remontarse a la Rusia imperialista, o a la Edad Media obscura, para hallar un ambiente de miseria, de crímenes y de opresión semejante. La vida del medio ecuatoriano en los campos toma relieves de auténtica tragedia ante el látigo del amo, y la complicidad del gendarme y del cura le ayudan a formar la trilogía dantesca que hace aparecer al Ecuador con siglos de retraso ante la civilización del continente.

De ahí el profundo valor humano de este libro de Icaza, además de sus méritos literarios. Pensamos que una novela así, de realismo tan crudo y tan doloroso, habrá de mover necesariamente la conciencia de los hombres que gobiernan el Ecuador.

---

(1) Porter Hnos., Buenos Aires, 1936.

Escenas como las que pinta el novelista desprestigian a un pueblo y a una raza.

Tiene el autor de «En las calles» la cualidad esencial del novelista: se hace leer con interés creciente. Y no se trata aquí de acción entretenida ni de escenas truculentas. Hay fácil pintura del ambiente, personajes de carne y hueso, como ese Landeta, el caudillo inolvidable, y un diálogo nervioso que hacen desenvolverse la tragedia sin prédicas del autor.

Acaso dificulte la lectura el lenguaje del indio, que da a la novela un exagerado tinte vernáculo, y que acaso le restará lectores en otros países de América. Hay frases enteras cuyo sentido debe dejarse a la adivinación, pues hasta la ortografía con que el autor traduce el castellano hablado por el indio es un verdadero rompecabezas.

No queremos terminar esta notícula volandera sin aplaudir otra vez el aspecto social de la obra de Jorge Icaza, que deja ver a un hombre a través del fuerte novelista que hay en él. Vive la amargura de su tierra y pone su talento literario al servicio de la masa oprimida, sin aparecer como predicador ocasional ni caudillejo socializante. Y esto debe señalarse, porque buen número de novelistas americanos siguen cultivando el romanticismo, que debió morir hace medio siglo.—C. P. S.



LA SERPIENTE DE ORO. (Novela), por *Ciro Alegría*.

A las cinco o seis grandes novelas que ha dado América hay que agregar sin vacilaciones esta de *Ciro Alegría*, el luchador aprista deportado a Chile hace un año por la tiranía del Perú.

El Marañón, con su vegetación de trópico oloroso y la tragedia de sus navegantes alucinados que hallan en él su vida y su muerte, es el personaje central de esta gran novela. A través